

Los márgenes del logos: Deconstrucción, postmodernidad y relato

Estefanía Guadalupe Luna Montero*

Resumen

Hablar de márgenes permite imaginar las fronteras físicas o simbólicas de todo lo que este lenguaje hace posible. *Se dice que la naturaleza del lenguaje es excluyente, principalmente bajo la noción de que afirmar algo implica, circunstancialmente, negar otra cosa. Han sido varios los autores que han insistido en revisar con cierto escrutinio lingüístico, histórico, filosófico y/o antropológico la manera en que nos relacionamos con el mundo y el entorno a partir del lenguaje. Nombrar las cosas va más allá de un proceso de categorización del mundo, involucra relaciones diversas de orden cognitivo, identitario y, por supuesto, de poder.*

Palabras clave: Filosofía, lenguaje, semiótica, representación, alteridad, posmodernidad.

Recibido: 05 de septiembre de 2018

Abstract

Talking about margins allows us to imagine physical and symbolical borders of everything language makes possible. *We know the exclusionary nature of language basically works under the notion that asserting something circumstantially implies rejecting another thing. Various authors have insisted on meticulously revising the linguistic, historical, philosophical and anthropological way we relate to the world and other environments using words. Naming things goes beyond the process of categorizing them; it involves a diverse order of relationships, such as consciousness, identity, and of course, power.*

Key words: Philosophy, language, semiotic, representation, alterity, postmodernity.

Aceptado: 17 de diciembre de 2018

Introducción

Hablar de márgenes permite imaginar las fronteras físicas o simbólicas de todo lo que este lenguaje hace posible. Se dice que la naturaleza del lenguaje es excluyente, principalmente bajo la noción de que afirmar algo implica, circunstancialmente, negar otra cosa¹. El logos o la palabra, entendido desde

la estructura gramatical y lingüística que hace posible la escritura y la oralidad o desde la experiencia vivida que permite identificar el entorno, tiene un margen en sí mismo. Resulta que las cosas descritas con palabras terminan atrapadas en las líneas, curvas y puntos que le dan forma. El trabajo de representación y de sustitución mental por una imagen dotada de

¹ Cfr. Rancière, 2006.

sentido depende, en gran medida, del interlocutor, quien funge como traductor de la palabra².

No es de asombrarse, entonces, que desde los primeros pensadores y filósofos que cuestionan las implicaciones hermenéuticas y fenomenológicas de la cosa representada, desde sus relaciones metafísicas y a través del signo lingüístico, aludan a la pregunta eterna sobre cuál es la naturaleza de lo real-real o de lo medio-real, de lo inefablemente real o siguiendo la escala jerárquica, de la ficción real. Por su parte los pragmatistas, de la mano con quienes insistieron en nombrarse antirrealistas, mencionan que aquello que llaman realidad, a partir del uso del lenguaje, sucumbe al mundo de las apariencias dado que es el signo el que precede a la experiencia, es decir, aquello que nombramos real es la imagen de un constructo social³.

Acosta de la soberbia de los positivistas más radicales y de varias pretensiones de verdad alrededor del tema, el lenguaje y la existencia establecen una relación inherente, puesto que existe todo aquello que se nombra⁴, aunque ese acto del lenguaje, como ya se ha dicho, sea excluyente o, muchas veces, violento. Cabe resaltar que el sentido que imprimimos a las palabras, podríamos llamarlo significado, y decir que es social y nos ha sido heredado de una cadena causal entre nuestros antepasados y su relación con el mundo inmediato, principalmente, pero también con lo intangible y lo desconocido a través de la creencia.

¿Cómo sé que esto de aquí y ahora, esto que mis sentidos perciben, existe? ¿No es más contundente el mundo de las abstracciones que crean un margen de posibilidades a partir de las imágenes mentales? Veo alrededor mío sólo verde y azul, esos colores responden a

cosas objetivadas, es decir, del exterior; tienen nombres, se llaman: árbol, hojas, planta, cielo, mar y agua; pero también mantienen una forma similar cuando las pienso en infinito, naturaleza o aire. La palabra establece una experiencia cognoscitiva gracias a la abstracción del referente, pero también perceptible y concreta, alrededor de su forma y de su nombre.

Empero, la situación se complejiza cuando ese margen contiene un centro que le da o que quiere darle forma, alrededor del cual dicha representación⁵ se materializa o se abstrae porque todos tenemos también una imagen de la pobreza, de la política o de la identidad y en cada una de ellas también hay colores, formas y personajes que se erigen, desde la historia de la Historia, como protagonistas de un imaginario que modela nuestra forma de ser y que legitima nuestra manera de existir, de hacer y, sin lugar a dudas, de usar el lenguaje. Richard Rorty (1996), quien ha sido uno de los pragmatistas más destacados de la escuela de Estados Unidos, establece una noción crítica al representacionalismo y da cuenta de la autoridad discursiva que imprime el totalitarismo abstracto de la cosa y de la imagen que proyecta, sea ésta de naturaleza icónica, gráfica o mental⁶.

Por su parte, John Langshaw Austin, quien reflexionó sobre los actos del habla en su célebre libro *How to do things with words* (1990), asegura que decir es hacer. Los enunciados, clasificados por el autor con base en su carga locucionaria, según las posibilidades y manifestaciones del mensaje a partir de estructuras del lenguaje⁷; ilocucionaria, o las estrategias del uso de un sistema de signos para hacer más eficaces las intenciones del emisor; o perlocucionaria, relacionada con la serie de

² Clifford Geertz (1994) anunciaba ya en sus ensayos sobre la interpretación de las culturas algunas reflexiones sobre la doble interpretación del texto social.

³ Cfr. Rorty, 1996.

⁴ Judith Butler (2002a) ha reflexionado las implicaciones materiales y discursivas del uso de ciertos adjetivos e insultos, para designar o describir a las comunidades homosexuales (2002b). En su obra están presentes los cuestionamientos derridianos y lacanianos sobre la diferencia.

⁵ Por el momento propongo referirse al acto de representar como sustituir, específicamente, aludo al proceso mental de intercambio de la palabra por la imagen o el sentido, como propone Ferdinand de Saussure (1945).

⁶ William J. Thomas Mitchell (2011:110) las clasifica en gráficas, ópticas, perceptivas, mentales y verbales.

⁷ Entiendo por estructura del lenguaje cualquier signo de tipo escrito, oral o gestual que hace posible un sistema sígnico, más complejo y articulado, como una letra, una forma o un movimiento.

acciones que se producen a razón del mensaje, tanto por parte del emisor como del receptor, implican una relación de autoridad discursiva entre quien emite el enunciado y quien lo recibe. Eventualmente, el participante del proceso comunicativo reproduce esa serie de acciones con su respuesta.

La autoridad de la que habla Austin es una característica del poder simbólico que se ejerce en dicho juego de palabras, en donde el emisor evidencia el carácter performativo⁸ del logos gracias a la concreción o materialización del lenguaje en actos, situando al receptor dentro de un margen de existencia que incluye su propia categorización con base en los signos que dotan de sentido al sistema social basado en roles, estigmas y estereotipos. El poder de la palabra es performativo, representa simbólicamente, pero también aísla físicamente, si no se conoce no existe, si no se reconoce no se nombra, desaparece.

La pragmática, disciplina en la que dicho autor también participa con su reflexión, ha dado frutos en la filosofía del siglo XXI sobre todo gracias a la suma de eventualidades de orden identitario que anteceden y preceden al supuesto orden mundial contemporáneo. Judith Butler (2002a) menciona que la violencia simbólica, entendida como aquélla que se realiza a partir del lenguaje, puede ser incluso más hiriente que la violencia física. Butler ha dedicado parte de su producción académica a analizar las estructuras del logos que llevan a las comunidades homosexuales a vivir bajo la exclusión constante de un sistema binario de representación. Vivir en el borde implica, para dicha autora, significar la alteridad y la diferencia, permite cuestionar dichos márgenes e incluso pensar en el posicionamiento de la palabra desde el abismo o desde aquello que se nombra a través del insulto y la negación porque evidentemente si se niega, también se afirma.

La posmodernidad y sus alegatos

En la cotidianidad escucho, a veces con cierto malestar, que el ser postmoderno se ha convertido en el adjetivo oportuno para separar, sobre todo generacionalmente, los criterios de verdad que las Ciencias Sociales se han construido alrededor suyo. Considero que dicha postmodernidad, sin afán de ser abogada del diablo, puede ser entendida a partir de dos prácticas no tan distantes una de la otra. La primera consiste en hallar en la postmodernidad un periodo histórico que, de acuerdo con David Harvey (1998), es resultado de los contextos urbanos de mediados del siglo XX. La segunda, la que no tiene método, como afirman los críticos e incluso los defensores más reacios, corresponde a una tendencia principalmente filosófica y lingüística cuya base teórica data de la Ilustración, de ciertas ideas nietzscheanas y, por supuesto, del estructuralismo francés.

El periodo de la postmodernidad va de la mano con los cambios asociados al crecimiento de las ciudades, algunos de los cuales caracterizaron al periodo de industrialización en la modernidad del siglo XIX, es decir, después del establecimiento de las urbes como escenarios de intercambio económico, político y social. Las diferencias entre lo rural y lo urbano consistían en separar los espacios para la producción y para el consumo, respectivamente. No es de sorprenderse, entonces, que la lógica del capital y sus aparatos espectaculares⁹ ocupen, en mayor medida, las áreas urbanas para hacerse presentes de manera reiterada.

Walter (2001), uno de los intelectuales de la Escuela de Frankfurt más destacados por sus aportes en el estudio de la historia y la estética, menciona que durante la urbanización de algunas de las ciudades europeas, como el caso de París, existió una constante: los sujetos que transitaban en el nuevo espacio público, cada vez más controlado y diferenciado, vivían

⁸ Una de las acepciones de lo performativo fue propuesta por Austin (1990). No obstante, se pueden hallar coincidencias con el francés *performance*, que es traducido como *dramatización*.

⁹ Para una discusión más amplia sobre el espectáculo recomiendo revisar la obra de Guy Debord (2002), quien hace uso de los conceptos marxistas para proponer, desde una visión crítica las sociedades espectaculares modernas.

alienados, es decir, el tumulto daba lugar a todos y a nadie al mismo tiempo. Empero, el frenesí que causaron las supuestas libertades que la urbe ofrecía favoreció la construcción de identidades en pugna dentro de las fronteras simbólicas de la ciudad, dividida en centro y periferia; donde el centro repite los patrones de poder simbólico y fáctico, mientras que la periferia subyace en la ilegitimidad de ser, estar y habitar.

Benjamin analiza al *flaneur* de Baudelaire, mismo que observa con cautela los renovados paisajes urbanos con un pie en el desarraigo¹⁰. Dicho personaje ha protagonizado uno de los temas más frecuentes cuando se buscan ejemplificar los sujetos en devenir de las sociedades postmodernas. Ya no se habla de producción a escala, estandarizada y homogenizada; ahora se piensa en las consecuencias sociales de la producción acelerada y el consumo porque si bien es cierto que los tiempos para la producción de bienes o servicios son demandantes, los tiempos para el consumo también¹¹. Tal fenómeno permite reconocer que, en dicha postmodernidad, hablar de capitalismo o de globalización ya no es una novedad sino un modo de coexistencia que depara varias responsabilidades.

Por otro lado, la postmodernidad como tendencia filosófica y lingüística ha tenido gran influencia en el estructuralismo del siglo XIX, a partir de la crítica literaria, y del estructuralismo del siglo XX, de corte más reflexivo sobre la historiografía o el modo de hacer y escribir historia (Derrida 1989:10). Una de las grandes obras que da pie a la corriente estructuralista acompaña la perspectiva antropológica de Claude Levi Strauss en *Antropología estructural* (1995). Asimismo, desde el enfoque de la lingüística, los trabajos del suizo Ferdinand de Saussure (1945) son preponderantes; no obstante, es a partir de la revisión económica, política y del poder que los

estructuralistas reflexionan sobre el lenguaje y la representación.

Esta última, consiste en la sustitución de aquello que está ausente o de lo que no se puede mostrar por el signo o la palabra que “se pone en lugar de la cosa misma” (Derrida: 1994:45). El largo debate sobre la representación en las Ciencias Sociales acompaña los procesos de cambio de ciertos países durante la década de los setenta del siglo XX (Harvey 1998). La llamada “crisis de la representación” ha constituido una de las críticas más importantes que se han hecho al logocentrismo intelectual, en ella se cuestionan la manera en que describimos a los sujetos que participan en una investigación y la élite académica para la que se escribe. Sobre todo, porque el formato por antonomasia en la investigación social ha sido el texto. La importancia de cuestionar el carácter totalitario de la escritura, en la socialización de la información y la investigación social, consistió en evidenciar las exigencias de dichas élites académicas sobre otros públicos.

Se ha dicho que el discurso es poder (Foucault 1977), de ahí la imperiosa necesidad de poseer la palabra y de que existan instituciones discursivas que regulen, censuren y legitimen lo que se dice y a quiénes lo dicen¹². Foucault afirmaba que el discurso es una violencia que se ejerce sobre las cosas porque las categoriza y las coloca en un sistema hermético de significación (Foucault 1999), como se ha dicho con antelación, la cosa se sustituye por el signo y su existencia simbólica es posible gracias a eso¹³. El argumento foucaultiano se extiende hacia la crítica de los estados soberanos y a la ideología que les da forma; el sistema de producción dominante estandariza, no sólo los objetos que produce, sino también a los sujetos sobre quienes se sostiene toda su infraestructura.

Al respecto, el estructuralismo del siglo XX que motiva al llamado postestructuralismo

¹⁰ Herman Hesse (2006) describe a un personaje similar en su novela *El lobo estepario*.

¹¹ Sigmund Bauman (2008:67) propone el concepto de lo líquido para abordar el carácter efímero de los consumos actuales, en diferentes aspectos de las relaciones sociales. Una de sus aseveraciones afirma que la modernidad “también es el contexto en el que se enmarca la sociedad de consumidores”.

¹² Cfr. Dewey, 1952.

¹³ Umberto Eco (2013) llama semiosis hermética a los procesos de significación de la cosa mediante una serie de asociaciones de orden nemotécnico.

residió en cuestionar la escritura de la Historia, por parte de los historiadores. Hay una clara influencia del trabajo de Benjamin (1989) en este apartado, estudiar la historia a *contrapelo*, como solía llamar al método, implica identificar los posibles centros del discurso que encarnan las voces de los vencedores y, del mismo modo, favorece reconocer otras voces y otras narrativas, además de señalar los mitos debajo del discurso histórico que justifican los actos del aquí y ahora¹⁴.

La crítica al historicismo y al logocentrismo ha permitido demostrar que existen distintos modos de hacer historia (Ricoeur 1987), desde una función performativa o de hacer, como la oralidad, desde las memorias locales y los testimonios de los vencidos. Estas diferentes lecturas y escrituras del texto, fuera del margen, han sido quehacer de varios de los poscolonialistas indios y latinoamericanos¹⁵ en donde la teoría de la deconstrucción, propuesta por Jacques Derrida (1994), consiste más que en una cuestión de método o de un manual para el análisis textual, en una estrategia de lectura, donde la interpretación es un juego basado en el azar y en “la necesidad de un cálculo sin fin”.

Algunas notas finales

Previo a la llamada posmodernidad existe una larga herencia pragmatista dentro de la Filosofía y la Lingüística que coloca al lenguaje como un intermediario entre la observación de los sujetos y el mundo, un mundo que además es una apariencia debido a que produce una imagen de sí que puede resultar engañosa o, bien, selectiva (Rorty 1996:117). Es decir, la mirada del observador es construida de acuerdo con la carga social que, del mismo modo que la percepción, nos ha sido enseñada junto con el lenguaje y, por lo tanto, nos ha sido heredada en concordancia con una prelación de nuestras interacciones con el mundo, desde el plano de las abstracciones y, también, de lo concreto (Catalá 2005, Harris 2001).

La “metáfora del lenguaje”, como la ha nombrado Rorty (1996: 148), nos modifica y nos lleva a una serie de imprecisiones sobre las cosas que nombramos, recontextualizándolas en un espejo del mundo por el que sólo miramos de manera selectiva, no hay pues una relación directa con lo real. Nuestras realidades son inexactas como resultado de un ejercicio interpretativo personal, familiar, social e, incluso, disciplinar. Los objetos están constituidos por el lenguaje, es ese el margen que los contiene dentro de una serie infinita de marcos contextuales y veridictionales en relación con el espacio y el tiempo, pero también desde el deseo y las fantasías.

La paradoja de la inmutabilidad del lenguaje es que nos ha sido dado y su existencia antecede a la nuestra, luego entonces nos contiene. Sin embargo, puesto que su naturaleza es social y carece de sentido si no se usa, somos los interlocutores quienes lo hacemos evolucionar. Pensar en las palabras que empleamos a partir de una categorización de las cosas nos permite aproximarnos a un conocimiento de un mundo hecho a imagen y semejanza del logos, nuestra realidad es una palabra, un término que se auto significa y se sostiene de palitos, bolitas e imaginarios.

Una posible conclusión: el texto tiene cuatro esquinas.

Es curioso que para un ejercicio crítico sobre la escritura y la deconstrucción haya escrito un ensayo, pareciera que el metalenguaje es una constante en la reproducción del discurso que nos ata, simuladamente, cuando pretendemos darle la vuelta. De pronto siento que la piedra del logocentrismo me golpea y no veo por cuál de las esquinas del texto debería salir huyendo, con mi texto impreso bajo el brazo. Esta escritura visceral o sentipensante, como suele llamarla mi profe Silvia, tiene una ventaja a su favor: es construida y pensada desde el margen de quien habita un estado que llaman pobre porque no tengo el

¹⁴ Para una discusión más amplia sobre el espectáculo recomiendo revisar la obra de Guy Debord (2002), quien hace uso de los conceptos marxistas para proponer, desde una visión crítica las sociedades espectaculares modernas.

¹⁵ Véase, por ejemplo, la obra de Ranahit Guha (2002), Gayatri Chakravorty Spivak (2003) y Edward Said (1993).

dinero de quienes dicen representarme, con sus palabras y sus discursos; ubicado en un país que no es occidente, pero que a diario se esmera por identificarse con quienes enuncian el poder desde lo más alto del organigrama transnacional.

¿Cuál es mi voz si a mí no me publican las grandes instituciones del discurso? ¿Cuál es mi poder si no me precede la voz de una de las nombradas mejores instituciones universitarias del mundo o del país? ¿Debería quedarme callada? Hablo desde una orilla, ahí sitúo mi voz y mis palabras, en el limbo de una queja constante que fastidia y desespera. Me sitúo en la periferia donde otros rostros han sido exotizados por la sociedad espectacular que observa al nativo, al negro y al no colono como parte de la maquinaria turística e idealizada de lo que se han esmerado en llamar cultura, desde los primeros esfuerzos antropológicos por definir la relación entre el hombre primitivo y la naturaleza, porque aparentemente eso soy y no hay carrera que permita que el atraso no me alcance. Cuando afirmo, también niego ¿Qué queda fuera? ¿Cuáles son las diferencias de las que no hablo? Esta queja es metalingüística y me contiene, soy unas letras, un nombre, un sexo y una identidad que quedan atrapadas en la existencia que la palabra me otorga como regalo después de haberla aprendido.

Agradecimientos

A la Universidad del Mar por las facilidades ortogradas, así como a tres revisores anónimos que realizaron valiosos comentarios al manuscrito inicial.

Referencias

- Austin, John L. [1962] 1990. *Cómo hacer cosas con palabras: Palabras y acciones*. Traducido por Genaro R. Carrió y Eduardo A. Rabossi. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Sigmund. 2008 [2006]. *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. 2002a. *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Traducido por Alcira Bixio. Buenos Aires: Paidós.
- Catalá, J. M. 2005. *La imagen compleja. La fenomenología de las imágenes en la era de la cultura visual*. Bellaterra:

Universidad Autónoma de Barcelona. Servei de Publicacions.

- Chakravorty S. G. 2003. "¿Puede hablar el subalterno?". En *Revista Colombiana de Antropología*, número 3: Fecha de consulta: 28 de noviembre de 2018. Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105018181010>> ISSN 0486-6525
- Débord, G. 2002. *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pretextos.
- Derrida, J. 1989. *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- Derrida, J. 1994. *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.
- Dewey, J. 1952. *La busca de la certeza. Un estudio de la relación entre el conocimiento y la acción*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. 1977. *Estrategias de poder*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. 1999. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Geertz, C. 1994. *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós.
- Guha, R. 2002. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Crítica.
- Harris, M. 2001. *Antropología cultural*. Salamanca: Alianza Editorial.
- Harvey, D. 1998. *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hesse, H. 2006. *El lobo estepario*. Alianza.
- Levi-Strauss, C. 1995. *Antropología estructural*. Barcelona: Paidós.
- Mitchell, W. J. T. 2011. "¿Qué es una imagen?". En *Filosofía de la imagen*. Editado por Ana García Varas. Salamanca: Universidad de Salamanca, 107-154 pp.
- Ricoeur, P. 1987. "Decadencia: ¿fin del arte de narrar". En *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato de ficción Vol. II*. Madrid: Cristiandad.
- Rorty, R. 1996. *Objetividad, relativismo y verdad*. Escritos filosóficos 1. Barcelona: Paidós.
- Walter, B. 2001. *París, capital del siglo XIX*. Barcelona: Taurus.
- Said, E. 1993. *Cultura e imperialismo*. Traducido por Nora Catelli. Barcelona: Anagrama.
- Saussure, F. 1945. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.